

medios y sectores de la oposición política, la Argentina es la que menos ha sufrido en la región de los últimos choques de la crisis económica mundial que ahora se agudiza para nosotros por los términos de intercambio más desfavorables. No padecemos como antes los embates del poder de las finanzas, pese a la acción de los fondos buitres, ni el control de los organismos financieros internacionales sobre nuestras políticas económicas. Además creo que se aprendió una lección. Los capitales externos son sólo necesarios para las actividades productivas y no para especular y tampoco para que las corporaciones saquen rápidamente las grandes ganancias que hicieron en el país, como ocurrió siempre. Los ferrocarriles ingleses, por ejemplo, después de obtener cuantiosos beneficios, gracias en parte a diversas exenciones impositivas y otras prebendas, después de 1918 hasta su nacionalización en los años 40 no invirtieron más en el país y sus compañías se volvieron obsoletas, de modo que cuando pasaron a manos del Estado llegaron deterioradas y esa es una herencia, que continuada luego por gobiernos que no invirtieron en ese sector o incluso procuraron desmantelarlo, causaron a la economía argentina un severo daño en su transporte, que todavía sentimos. **[L]**

**\*Mario Rapoport.**

Licenciado en Economía Política por la Universidad de Buenos Aires y Doctor en Historia por la Universidad de París I-Sorbona, Francia. Destacado profesor e investigador de la historia económica, política y social de la Argentina y de las relaciones internacionales contemporáneas. Es Profesor Emérito de la Universidad de Buenos Aires y Profesor Honoris Causa de la Universidad Nacional de San Juan, Investigador Superior del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Director del Centro de Investigaciones de Historia Económica y Social (CIHES) de la UBA, y del Instituto de Estudios Históricos, Económicos, Sociales e Internacionales (IDEHESI) del CONICET. Pertenece también al Grupo Fénix, de economistas heterodoxos, y dirige la Maestría en Historia Económica y de las Políticas Económicas y la Revista Ciclos en la historia, la economía y la sociedad.

El mensaje, (Acrílico, 1955) - Oswaldo Guayasamín



Por **Diego Chein\***

**N**o conviene hacer de la idea de descolonización una noción general y abstracta, un concepto universal vacío de historias múltiples y locales. Aunque es indiscutible el beneficio geopolítico de su alcance global y de las articulaciones y las solidaridades Sur – Sur que promueve, su mayor potencia reside justamente en desafiar desde diferencias culturales y sociales irreductibles la pretendida universalidad y superioridad de occidente sobre sus colonias. En cada sociedad la colonización tuvo sus propias terribles formas. Si se apuesta políticamente a la revitalización de una vía emancipatoria nacional y latinoamericana, urge recuperar críticamente nuestros legados descolonizadores y articular tradiciones propias.

El historiador de la India *Dipesh Chakrabarty* sostiene que los grandes conceptos occidentales, sean éstos liberales o socialistas, tales como democracia, igualdad, revolución, etc.,



**CENTRO  
MEDICO  
NORTE**

**OF TALMOLOGÍA**

Clínica - Cirugía

**Dra. María Liz Solórzano**

**ODONTOLOGÍA**

Cirugía - Implantología

**Dra. María Laura  
Solórzano**

**Av<sup>a</sup> Avellaneda 382 | T. 497 6881**

## TENSIONES COLONIALES Y ANTICOLONIALES EN LA FORJA DEL CAMPO INTELECTUAL NACIONAL. LOS PROVINCIANOS DE ROCA (1880-1920)

*“No pude evitar darme cuenta de que, mucho antes de Foucault, un aspecto radical del pensamiento nacionalista anticolonial había repudiado en la práctica lo que yo denominaba «historicismo» primero exigiendo y, con la independencia, concediendo efectivamente la plena ciudadanía a las masas iletradas en una época en que todas las teorías clásicas y occidentales de la democracia recomendaban un programa de dos pasos: primero educarlas, lo que las desarrolla, y después concederles sus derechos de ciudadanía. Así pues, sostenía yo, esta relación crítica con la historia desarrollista o en estadios integraba la herencia anticolonial. No por casualidad el historiador del Grupo de Estudios Subalternos (y nuestro mentor) Ranajit Guha, en su libro sobre la insurrección campesina en la India colonial, rechazaba la caracterización de Hobsbawm del campesinado moderno como «prepolítico».”*

**Al margen de Europa, Dipesh Chakrabarty**

son, al mismo tiempo, fundamento y objeto de crítica de los movimientos emancipatorios anticoloniales. El proyecto de hacer de las colonias nuevas naciones independientes está impulsado por el ideal mismo de nación, que sin dudas es europeo. Del mismo modo, nociones occidentales como las de democracia o república son a la vez “necesarias e insuficientes” para dar cuenta de nuestros procesos históricos de modernización política.

Uno de los períodos históricos constitutivos de nuestras matrices representacionales sobre la democracia y la identidad nacional es el que transita el cambio del siglo XIX al XX, en el que traza su parábola el imaginario cultural del bloque de poder liderado por Julio A. Roca. La distinción gramsciana entre clase corporativa y clase hegemónica permite distinguir la diferencia fundamental entre esta nueva liga de oligarquías provincianas y la élite porteña, encabezada políticamente por Bartolomé Mitre. La vocación hegemónica del roquismo, ausente en la oligarquía porteña, motoriza tanto la federali-

zación de la capital y la distribución de la renta del puerto, como la política cultural de mayor impacto de nuestra historia: el nacionalismo criollista.

Liderados por el riojano Joaquín Víctor González, varias veces ministro de Roca, una formación de escritores de provincia (Martiniano Leguizamón, Fray Mocho, Roberto Payró, Ricardo Rojas, Leopoldo Lugones, entre otros) sentarán al mismo tiempo las bases de una concepción regionalista de la identidad nacional y de una noción ilustrada de nuestra democracia. Frente a una concepción de la nación como civilización futura impulsada por la ciudad puerto y retrasada por la barbarie caudillista del interior, González contrapone un mapa de regiones naturales y folklóricas que ofrecen un sustento espiritual al progreso material de la capital cosmopolita y desarraigada:

*Los metropolitanos, con esta empaquetadura cosmopolita y esta afición a la aristocracia, no oímos de la misa la media, y nuestros*

*litteratos, pintores de costumbres y novelistas, ignoran que por las Provincias circulan todavía a torrentes desbordados la savia originaria de nuestro elemento popular, y teniendo por allí sangre caliente a ríos, se despepitan en sus laboratorios por inventar para sus libros heroínas anémicas y pecadoras enfermedades. (González s.f.: p. 235)*

El “elemento popular” en el que ahora se deposita la esencia de la nación, despreciado por las élites cosmopolitas afrancesadas, se insinúa como crítica a la matriz colonial de los ideales de civilización y progreso: nuestro progreso, nuestra civilización, nuestras instituciones, dirá González, no pueden remedar el de ninguna otra nación, su base histórica está precisamente en ese “elemento popular” tradicional. En contraste con el escritor porteño, los migrantes provincianos se presentan como constituidos por una dualidad: como contracara de la formación ilustrada y la erudición occidental, exhiben una relación con las culturas populares y rurales de sus regiones de origen. Este dualismo popular-ilustrado representará una importante fuente de tensiones en el discurso nativista.

Uno de los aspectos menos reconocido de la concepción de la nación de González es su composición heterogénea y federal:

*Nada, en nuestro país, se halla más disperso e incongruente que los materiales de la historia literaria y geográfica: la tarea de reunirlos, combinarlos y utilizarlos en la investigación de alguna ley histórica nacional, sería quizás de toda una vida y de sacrificios incalculables. Sabemos, no obstante, por pacientes lecturas y por propias experiencias, que puede construirse un sistema o un mapa de las cualidades y costumbres, creencias, supersticiones, modismos o variantes de lenguaje, y que las diferencias constitutivas de cada zona se hallan determinadas por los caracteres del suelo correspondiente y de su historia, comprendidas en ésta la de las razas primitivas y la del establecimiento y el desarrollo de la nación conquistadora. En tal variedad de elementos físicos e históricos como existe de un cabo al otro de la tierra argentina, la formación de esta literatura deberá ser, pues, regional, si ella ha de ser la expresión exacta del espíritu y cualidades de la nación que la habita. (en Leguizamón 1957: 11-12).*

Desde esta perspectiva, el carácter nacional y el carácter regional de la literatura no sólo no se oponen, sino que se identifican. La nación como unidad espiritual es concebida internamente como la conjunción de las variedades regionales. En este sentido, una obra literaria no podría ser lo suficientemente nacional sin ser, al mismo tiempo, lo suficientemente regional.

A fines del siglo XIX, el criollismo, el gaucho como símbolo de la argentinidad, reúne a las emergentes masas rioplatenses con las oligarquías de provincia en un bloque común enfrentado a la élite porteña. Pero este mapa de posiciones no dura demasiado. Hacia el centenario, el movimiento obrero, el populismo yrigoyenista y la democracia de masas abroquelan a

las oligarquías provincianas y porteñas en un discurso defensivo común. Las presiones federales dan paso a un centralismo pampeanizante (el Ricardo Rojas de *El país de la selva* no es el que canoniza al *Martín Fierro* en *Historia de la literatura Argentina*) y xenófobo, la celebración de la democracia da lugar a la descalificación del voto popular.

El potencial descolonizador del programa nacionalista cultural de González y sus seguidores nativistas encuentra su límite en el proceso histórico de emergencia populista de las masas. El escenario y el discurso políticose han desplazado desde el debate parlamentario hacia el discurso de comité. Si en contraste con los porteños los intelectuales nativistas acentuaban su costado popular, contra las masas yrigoyenistas blandirán su arsenal ilustrado. Alberto Gerchunoff dirá del líder radical:

*“[Sólo] comprende la política del voto, la política del atrio y del comité. “Voten por mí; voten contra aquél”. Esta es su noción de la política y este es su sentido de la historia. La libreta electoral es su filosofía y su religión. Pero como dista tanto de entender el desarrollo del trabajo como el desenvolvimiento del capital, recurre a ambos como a un sufragante disponible” (Gerchunoff 1918: 155).*

El “elástico e inasible” populismo, que “se concilia con el reaccionario y con el liberal, con el latifundista y con el progresista” (Gerchunoff 1918: 13), la “política criolla” denunciada por el socialismo, resulta inclasificable en los términos de la teoría política occidental. El historicismo, antes impugnado desde un posicionamiento nacional y regional, retorna con todo el peso de su violencia colonial contra una masa iletrada e incapacitada para el autogobierno. Para esta concepción ilustrada de la democracia, lo “criollo” de la política, lo que excede las matrices europeas, corrompe las posibilidades de un sistema capaz de garantizar la auténtica elección entre ideas, entre doctrinas en disputa. La corrupción que lo criollo produce en la política la transforma en una mera batalla por el poder en sí mismo. Se conforma así, apenas entra en vigencia la Ley Saenz Peña, un nosotros ilustrado que diagnostica la enfermedad del cuerpo social y se arroga tanto la autoridad como el deber moral de curarla. **L**

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

- Chakrabarty, Dipesh (2008): *Al margen de Europa*, Tusquets.
- Gerchunoff, Alberto (1918): *El Nuevo Régimen*, Ortega y García Editores, Buenos Aires.
- González, Joaquín V. (Sin fecha): *Intermezzo: Dos décadas de recuerdos literarios*, W.M. Jackson Inc., Buenos Aires.
- Leguizamón, Martiniano (1957): *Recuerdos de la tierra*, Mar Océano, Buenos Aires, con “Introducción” de Joaquín V. González.
- Rojas, Ricardo (1925): *El país de la selva*, La Facultad, Buenos Aires.
- Rojas, Ricardo (1948): *Historia de la literatura argentina*, Losada, Buenos Aires.

\* *Magister en Ciencias Sociales y Doctor en Letras.  
Docente UNT e investigador del CONICET.*